



© Tomada de Manuel Amabilis, *El Pabellón de México en la Exposición Iberoamericana de Sevilla*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929

El pabellón de México en la Exposición Iberoamericana de Sevilla

Samuel L. Villela F.*

En la realización de la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929-1930) confluyeron dos intereses gubernamentales: el del país anfitrión, donde la monarquía española deseaba incentivar la economía de la provincia sede, y el del gobierno posrevolucionario de Plutarco Elías Calles, que deseaba proyectar al mundo la imagen de un país pacífico y próspero, el cual había dejado tras de sí la violencia revolucionaria. En una proclama del espíritu que animaba la realización de la exposición, en el primer párrafo del libro-catálogo correspondiente se lee: “Sevilla, la ciudad cantada por todos los poetas y admirada por todas las razas, ha convertido en realidad, por el sortilegio de la Exposición Ibero-Americana, el sueño de unir en un espiritual abrazo la península con las naciones de su estirpe que pueblan las vastas tierras del nuevo continente”.

Antes México ya había participado en las dos exposiciones internacionales de París (1889 y 1900), en la Panamericana de Buffalo (1901) y en la Universal de Río de Janeiro (1922), en las que el motivo primordial de los pabellones arquitectónicos era de tema prehispánico. Para la exposición de Sevilla el pabellón estuvo a cargo del arquitecto yucateco Manuel Amabilis Domínguez, que lo diseñó en un estilo concebido como maya-tolteca, al retomar elementos arquitectónicos del sitio de Sayil y combinarlos con otros modernos.

El pabellón se erigió en el extremo sur del parque de María Luisa. Siete décadas después, tras ser restaurado y reinaugurado (24 de noviembre de 1998), hoy en día alberga al vicerrectorado del Tercer Ciclo y Enseñanzas Propias de la Universidad de Sevilla.

Como parte de una decoración que se ha calificado como “nacionalista” se diseñaron murales y esculturas –“vehículos iconográficos que aluden a los orígenes de su nacionalidad, sus constructores y usos mexicanos”– a cargo de Víctor M. Reyes y Leopoldo Tommasi López, respectivamente. Como dato indicativo, la parte alta de la escalera que daba acceso a la primera planta se decoró con motivos al óleo de Diego Rivera, que comenzaba a descollar en el movimiento cultural posrevolucionario que Jean Charlot calificó como el “renacimiento mexicano”, a propósito del surgimiento del muralismo. Esta decoración le valió ser “el pabellón extranjero más premiado en la exposición”.

Según el catálogo oficial, “seiscientos expositores particulares mostraron productos muy diversos [...] La prensa sólo informa que había un gran contingente artístico y comercial. Sabemos que se proyectaba una película sobre la economía del país y sus monumentos arqueológicos, así como una exposición de maquetas de edificios precolombinos que envió el Museo Nacional, así como dos salones con muestras de bellas artes y una exposición de gran industria en los sótanos”. Como parte de las actividades de la exposición también hubo un certamen fotográfico en que el mexicano Luis Márquez obtuvo el Gran Premio de Fotografía, mientras que Hugo Brehme recibió un reconocimiento y el chilapeño Amando Salmerón una mención honorífica por *El indigente*, con el retrato de un pordiosero ❖

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.